



Garrocho Salcedo, Diego S.: *Aristóteles. Una ética de las pasiones*, Madrid, Avarigani Editores, 2015, 276 pp.

El ensayo del profesor Garrocho Salcedo, lejos de reiterar los múltiples tópicos que nos atacan como abejas transparentes cada vez que abordamos la lectura de los textos éticos de Aristóteles, tiene la virtud de acometer estas interpretaciones ordinarias desde los propios vocablos griegos empleados por el Estagirita, mientras que también las enfrenta entre sí a través de una bibliografía (eminentemente anglosajona) y unos razonamientos sorprendentes con el fin de llegar a caracterizar y repositionar las pasiones en la ética del discípulo de Platón. Además, gracias a la estructura perfectamente delimitada del ensayo (la obra consta de siete capítulos, a los que se añaden un prólogo y un apartado bibliográfico) y a la continuidad de la exposición, el profesor Garrocho Salcedo logra una atención por parte del lector y una claridad extraordinarias. Por ello, pretendemos dar pinceladas sobre el libro, de modo que el lector de este texto se *sienta* impelido a leerlo.

De este modo, el primer capítulo nos posiciona desde el inicio ante las pasiones a través de una cuestión que se verá dilucidada a lo largo de la obra: ¿somos responsables de lo que sentimos? En esta primera aproximación, el profesor Garrocho Salcedo realiza un recorrido por el siglo XX a través del *corpus* aristotélico con el fin de delimitar las nociones de *sentimiento*, *pasión*, *emoción* y sus, a primera vista, sinónimos (*afección*, por ejemplo). Además, se sirve también de un tratamiento filológico de estas cuestiones que hará las delicias de todo aquel que busque el rigor en la significación de la terminología griega para mostrar la continuidad que dichas palabras han mantenido desde que nuestra cultura, como bien dice el profesor, tuviera como verso fundacional una forma de pasión: la cólera del Pelida Aquiles. Después de abarcar la temporalidad señalada, este primer capítulo concluye con la asunción de un primer presupuesto que se verá refrendado con múltiples argumentos: el establecimiento de que, sin romper la continuidad semántica que en filosofía se ha dado a lo largo de la historia, los términos *pasión* y *emoción* sean equivalentes naturales, aunque presenten unidades vitales tenuemente diferentes.

El segundo capítulo, uno de los fundamentales de la obra, aborda la famosa división que establece Aristóteles sobre el alma con el fin de esclarecer la interrelación que presentan sus diversas partes, así como su importancia para el tratamiento de las pasiones y la definición de conceptos tan importantes como *virtud*, *acto* o *bien* con vistas a la constitución de una unidad subjetiva que sea responsable de sus acciones. Así pues, en Aristóteles podemos encontrar tres partes que constituyen el alma (aunque pueda haber más), pero que se alejan del esquema habitual para el profesor Garrocho Salcedo ya que habría una parte puramente irracional y vegetativa, una parte desiderativa que *puede* obedecer a la razón y la estrictamente racional. Ahora bien, las pasiones juegan un papel imprescindible ya que el individuo que obra

siente, padece y actúa *en virtud del alma* (es decir, como totalidad), pues únicamente la unidad subjetiva emerge cuando se unifican la pluralidad de pasiones y acciones del alma y el cuerpo. Además, esta unidad queda todavía más refrendada por el fin de la felicidad en el ámbito moral y por la capacidad de percibirse dicha unidad como todo reflexivamente desde un ámbito ontológico.

El tercer capítulo trata acerca de la interrelación de las pasiones con la *prâxis* y las virtudes aristotélicas al tiempo que se van cribando interpretaciones de diversos autores eminentes como Ross. Para ello, se toma una definición amplia de virtud (modo de ser selectivo o preferencial referido a las pasiones y a las acciones) y de *prâxis* (método y síntoma de la virtud) y se van configurando caso por caso en distintas virtudes (como la valentía o la magnanimidad) hasta llegar al tratamiento por separado de la Justicia, donde se concluye que la ética del discípulo de Platón no es una mera *prâxis* ya que se requiere de un perfeccionamiento en la virtud que viene dado por el placer y el deleite.

El cuarto capítulo aborda las nociones de *motivación*, *causalidad* y *carácter* con vistas a precisar todavía más el concepto de *prâxis* y a pensar en la ética del pensador estagirita la noción de *προαίρεσις* y la relación de dicho concepto con las pasiones. Aquí se apunta que la teoría ética de Aristóteles ya presenta toda una propuesta completa acerca de la motivación ya que una acción no sólo revela el carácter (estado específico de virtud) del sujeto que la realiza, sino que también presenta su causa en tanto principio y fin de la acción siendo la *προαίρεσις* (elección deliberada) el principio mismo de la acción.

El quinto capítulo aborda especialmente muchos de los tópicos que se tienen sobre la filosofía de Aristóteles (en especial la propuesta de Solomon, que consiste en afirmar que el Estagirita es uno de los principales exponentes de la dicotomía pasión-razón) y también el alcance gnoseológico de las pasiones a través de un paralelismo entre la metafísica y la ética aristotélicas. De esta manera, este apartado nos manifiesta que es necesaria una cierta precomprensión del bien para poder obrar moralmente. Sin embargo, ya que las pasiones son las facultades propias que nos posibilitan captar la presencia del bien y del mal, las virtudes morales deberán estar orientadas por la recta razón a perfeccionar las disposiciones pasionales.

En el sexto capítulo, el profesor Garrocho Salcedo trata a fondo la noción de *responsabilidad* de las pasiones empleando para ello la noción de *agencia* latina añadida a los conceptos anteriores. De esta manera, ahondando especialmente en la noción de virtud, se hace imprescindible lo que podríamos llamar la autoconstitución de la unidad subjetiva mediante la repetición, generando el hábito y, con ello, nuestra *agencia*. Por otro lado, aquí debemos enlazar esto con otro concepto clave: *ἐνέργεια*. Esta noción se significa y cobra verdadero sentido desde la autoconstitución de la cada hombre, a pesar de que el fin común a todos sea la felicidad. Así pues, a través de esta clarificación, el profesor Garrocho Salcedo nos muestra cómo las pasiones son imprescindibles para la *agencia* ya que también están bajo el yugo de la repetición, por lo que la subjetividad debe prestar atención a las pasiones a través del hábito con el fin de llegar a ser feliz.

Finalmente, el último capítulo recopila los argumentos y las conclusiones que se han abordado durante la obra, a la vez que retoma la pregunta inicial con la cual se abría la misma. El profesor contesta afirmativamente a la pregunta, haciéndonos (para Aristóteles) responsables de lo que sentimos, pues la virtud está referida a las pasiones y las acciones; ambas nacen y mueren en el agente, posibilitando un

acercamiento al carácter de un individuo ya que hay excelencia o no imputable al mismo. Sin embargo, dejaremos al lector la decisión de responder a la pregunta por sí mismo, aunque usando como trampolín la ética de Aristóteles.

Así pues, en conclusión, podemos afirmar que la obra del profesor Garrocho Salcedo realiza contribuciones enormes al estudio de la ética aristotélica y a la dilucidación de sus conceptos. Lejos de haber creado una obra que se pierda en el río del olvido, el lector pondrá el ensayo en el rincón más querido de su biblioteca.

Nekae Trigo